

The background of the cover is a vibrant illustration of a tropical jungle. The sky is a deep, solid red, with a large, pale yellow full moon in the upper left quadrant. In the foreground, a thick, reddish-brown tree trunk or log runs diagonally across the lower half of the image. Various green plants and leaves are scattered throughout, including large, dark green leaves in the upper left and bottom right, and a small yellow flower with a brown center on a thin stem near the log. The overall style is a stylized, painterly illustration.

**ESCALOFRÍOS**

**EN EL**

**TRÓPICO**

**DEAN R. KOONTZ**

---

**Y OTROS AUTORES**

¿Está listo para enfrentarse al horror que acecha entre el espesor de la jungla..., a la encarnación de la muerte bronceándose bajo los rayos del sol tropical?

Estos quince relatos le atraparán en un sofocante terror y le permitirán atisbar en una dimensión desconocida. Mientras lee, un sudor frío empapará todo su cuerpo a medida que se interne en los febriles paisajes habitados por el mal y el miedo de la mano de escritores tan prestigiosos como Gene Wolfe, Steve Rasnic Tem, Edward Bryan, Charles Sheffield, Pat Cadigan, Avram Davidson, Dean R. Koontz y otros siete maestros contemporáneos del terror.

A Gardner Dozois, que ayudó mucho

## AGRADECIMIENTOS

A Joanne Burke, John Douglas y Val Smith; le agradezco especialmente a Somtow Sucharitkul, que pudo escapar a la suerte de ser mi coeditor, y cuya notable inteligencia, energía y sentido del humor fueron imprescindibles para que *Escalofríos en el Trópico* pudiese alzar el vuelo.

## INTRODUCCIÓN

Tim Sullivan

Bienvenidos a la antología del terror. Una antología del terror diferente. No encontrarán en estas páginas los típicos cuentos que repiten fórmulas mecánicamente, no sólo porque lo que nos es familiar no nos asusta, sino también porque hace muchos años que los cuentos de terror ecuatorial cayeron en el desuso de las modas. Entretanto, Nueva Inglaterra, Gran Bretaña y Europa del Este se han vuelto algo rancieros como escenarios para fantasías de terror. La verdad es que los paisajes nebulosos y las lúgubres guaridas góticas han figurado tanto tiempo como feudo de vampiros, hombres lobo, sabios endemoniados y criaturas nocturnas ambulantes que los lectores más avisados seguramente anhelan la introducción de algunos cambios.

En los últimos años han hecho su irrupción los llamados *splatterpunks*, aparentemente con el fin de revitalizar este desgastado género. Los escritorzuelos de hoy se entregan alegremente a la imitación de la sangrienta imaginería de las películas de terror modernas, y su narrativa suele ser poco trabajada. Una vez limpiada la sangre, el lector rara vez descubre carne fresca. El proselitismo de los *splatterpunks* se fundamenta en un terror urbano novedoso, y desconoce totalmente el hecho de que las raíces de su movimiento literario se encuentran en el innovador cuento de Fritz Leiber, «*Smoke Ghost*», publicado en 1941. La forma procede, quizá más remotamente, de los cuentos de H. P. Lovecraft,

tales como «*Cool air*», «*Pickman's Model*», «*The Haunter of the Dark*» y «*The Horror at Red Hook*», todos publicados en los años veinte y treinta, y ambientados en metrópolis norteamericanas. Podríamos incluso remontarnos a las obras del galés Arthur Machen, tales como *El gran dios Pan* (1894) y *Los tres impostores* (1895), como ejemplos de terror en la urbe del Londres eduardiano.

Sin embargo, también hay cuentos clásicos de terror que evocan un mundo diferente al de estas dos escuelas literarias más conocidas, como «*Men without Bones*», de Gerald Kersh; «*The Man from the South*», de Roald Dahl; «*Leiningen Versus the Ants*», de Carl Stephenson, y «*The Most Dangerous Game*», de Richard Connell. (Estos dos últimos cuentos fueron recreados en una versión cinematográfica: «*The Most Dangerous Game*» en 1932, con Fay Wray, Leslie Banks y Joel McCrea, y «*Leiningen Versus the Ants*», producido por George Pal en 1954 con el título de *Cuando ruge la marabunta*, protagonizada por Charlton Heston, Eleanor Parker y William Conrad.) Este mundo ha sido bastante ignorado en la narrativa de terror más reciente, un mundo de noches sensuales y perfumadas, selvas exuberantes, orquídeas carnosas, insectos reptadores, tarántulas, y vudún, nombre verdadero de la antigua religión haitiana. Según *The Serpent and the Rainbow* (1985), una investigación llevada a cabo por el etnobotánico de Harvard, Wade Davis, gran parte del conocimiento sobre este tema fascinante y místico es infundado, y la investigación de Davis, extensamente documentada convence al lector de sus argumentos. Por ejemplo, la composición química de una poción que induce a fingir la muerte, de vital importancia en la creación de los zombis, está ampliamente documentada en esta fascinante obra. Desde luego, no se trata de una obra narrativa (si bien la adaptación al cine de Wes Craven en 1988, a pesar de su buena calidad, difícilmente puede reclamarse del mismo género). Nuestro objetivo aquí, en todo caso, no es didáctico sino de entretenimiento.

miento, y creemos que los colaboradores en esta antología, desde el autor de best-sellers Dean R. Koontz, hasta la novel Susan Lilas Wiggs, han contribuido con entregas sobresalientes, dignas de los amantes del terror, e incluso de lectores con inclinaciones menos especializadas.

El primer cuento, de Gene Wolfe, está tan finamente trabajado que sin duda será candidato a los premios más importantes del próximo año, y la última frase de esta contribución semiautobiográfica bien podría ser una de las más sobrecogedoras en los anales de los cuentos de terror. Entre las narraciones más evocadoras de este volumen, encontramos el cuento amazónico de Rasnic Tem, *Monos macabros*. La obra de Tem no es demasiado conocida fuera del ámbito del terror, pero obtiene resultados dignos de un maestro del género, con un dominio absoluto de la ambientación y un estilo poderoso. Brian W. Aldiss, definido en una ocasión por el suplemento literario del *New York Times* como uno de los autores vivos más leídos en Gran Bretaña, nos brinda un cuento de magia negra con matices conradianos y ambientado en Sumatra. El lector sentirá las cálidas brisas de Jamaica con la lectura de *El jardín de Mamá Doah*, de Susan Lilas Wiggs. A pesar del estilo sofisticado y mundano de Ian Watson, *Calcetines blancos* presenta un arquetipo mucho más antiguo que la palabra escrita, ambientado en un escenario auténticamente africano. El estilo de Edward Bryant, fabricado con precisión de auténtica ingeniería, nos retrata a un hombre tan sumido en la culpa que lo sobrenatural —conjurado desde un invernadero de Denver— parece constituir su único escape. En cambio, el trepidante cuento de Charles Sheffield, *Carne muerta*, ambientado en el calor sofocante de Borneo, nos remonta a los buenos tiempos de antaño, del cuento como artefacto perfecto, construido a la vez con una visión acabada y pesadillesca de nuestra propia época. Avram Davidson nos ofrece un curioso estudio de una cálida mujer caribeña cuya vida transcurre en una fría ciudad del Norte, y de los ri-

tuales mágicos que la sostienen a lo largo del invierno. George Alec Effinger esboza hábilmente el humor de los cajún, pero su maliciosa visión del colorido local desemboca en la historia de un destino desgraciado. Jack Dann y Barry N. Malzberg nos llevan de Nicaragua al Norte en un cuento de terror político. Pero luego volvemos a Nueva Orleans con el cuento erótico de Pat Cadigan, *Fue culpa del calor*. Con espíritu polémico, Gregory Frost explora la moralidad de los mercenarios en América Central, y Timothy Robert Sullivan (ningún parentesco conmigo) nos conduce por una peculiar travesía por los caminos abandonados de Florida. Una imaginería magistral es el fruto de la colaboración de Robert Frazier y Bruce Boston, un poema narrativo ambientado en la selva mutante. Por último, pero no por ello menos meritorio, *La autopista de la muerte*, un nuevo cuento de Dean R. Koontz. La maestría de Koontz se ha puesto sobradamente de manifiesto con escenas de un terror visceral que irrumpe como una pesadilla a plena luz del día.

He aquí quince fábulas de terror ambientadas en parajes lejanos. Los trópicos gozan actualmente de un auge sin precedentes desde los años cuarenta, desde los tiempos del *latin lover* y Carmen Miranda. Habría que tener en cuenta la enorme popularidad de la serie *Corrupción en Miami*, o la película de 1987 *El corazón del ángel* (una adaptación torpe y pretenciosa de la excelente y sobrenatural novela negra de William Hjortberg, *Falling Angel*), o de la nueva versión del clásico de John Ford, *El Huracán*. Otros ejemplos son la novela del recientemente fallecido John D. MacDonald, *Barrier Island*; o *High Adventure*, de Donald Westlake; o *Life During Wartime*, de Lucius Shepard. Incluso Elmore Leonard, de cuando en cuando, ha encontrado apacibles lugares, paraísos de sol, escenarios ideales para que la infamia perpetre crímenes siniestros en la impunidad. Un vistazo a los periódicos o a los telediaros que nos hablan de las arbitrariedades de los dictadores de

repúblicas bananeras, como el depuesto Marcos de Filipinas, para no hablar del hombre fuerte de Panamá, Manuel Antonio Noriega, le presta credibilidad a esta idea.

Sin embargo, es el exotismo desaforado del ecuador lo que hace que las novelas, películas y series de televisión mencionadas sean tan populares. Las intrincadas junglas e islas remotas y misteriosas siguen despertando el sentido mítico y maravilloso en el mundo del trabajo cotidiano del Norte, donde viven la mayoría de los angloparlantes. Si añadimos a este mundo de los trópicos el *frisson* que sólo puede dar un cuento de terror, nos veremos transportados a... *Escalofríos en el Trópico*.

Así que prepárese un buen trago, acomódese en su asiento, instale este libro sobre su vientre mientras el ventilador sopla aire fresco (aunque fuera esté nevando). Estas historias escritas por los maestros de lo macabro, le harán sudar incluso a temperaturas bajo cero. Está usted a punto de experimentar una placentera mezcla de calor y terror que lo mantendrá clavado en su asiento desde la primera a la última página. Que lo disfrute.

## HOUSTON, 1943

Gene Wolfe

Gene Wolfe ha sido galardonado con el Premio Rhysling de poesía de ciencia ficción, ha recibido en dos ocasiones el Premio Nébula, el Premio a la Memoria de John W. Campbell, el Premio Británico de Ciencia Ficción, el Premio Apolo (Francia) y el Premio de la Fundación de Literatura de Chicago. También le ha sido concedida una beca del Consejo de las Artes de Illinois. Gene es considerado merecidamente uno de los mejores escritores de todos los tiempos en el campo de la literatura fantástica, la ciencia ficción y el terror. Además de los excelentes volúmenes que conforman *The Book of the New Sun* (*The Shadow of the Torturer*, *The Claw of the Conciliator*, *The Sword of the Lictor*, y *The Citadel of the Autarch*) es autor de otras novelas magistrales, como *The Fifth Head of Cerberus*, *The Devil in a Forest*, *Peace*, *Free Live Free*, *Soldier of the Mist* y otras. Algunos de sus cuentos han aparecido publicados en *The Island of Doctor Death and Other Stories and Other Stories* (ése es el título, no se trata de una errata) y *Gene Wolfe's Book of Days*. Su novela más reciente es *The Urth of the New Sun* (tampoco en este caso se trata de una errata<sup>[1]</sup>).

Está casado desde 1965 con Rosemary, su vecina en el pueblo de Peoría cuando tenían tres años. Los Wolfe tienen cuatro hijos: Roy, Maddie, Tery y Matt, y una inmensa perra juguetona llamada Calamity Jane.

Gene nos escribe diciendo que nació en Nueva York, «pero crecí en Houston, donde fui a la escuela Edgar Allan Poe, un accidente que parece haber influido en una parte importante de mi vida».

\* \* \*

La voz despertó a Roddie a medianoche. En realidad, al principio no lo despertó. Se infiltró en su sueño, y Roddie soñó que leía «*Los asesinatos de la calle Morgue*» sentado en el banco de la escuela Allan Poe, y a través de las ventanas abiertas, de vidrios grises y sucios (la suciedad era para que los vidrios rotos no cortaran a la señora Butcher y sus alumnos cuando cayeran las primeras bombas nazis en el patio de recreo, fuera), y por encima del distante zumbido creciente del gran ventilador eléctrico, que movía la cabeza siempre, no, no, no (por implacable sol del golfo que pesaría aún, no por días o semanas sino durante casi todo un año, un calor que lo empapaba todo y que ningún ventilador podía ahuyentar), oyó que lo llamaba su padre.

Su padre estaba fuera, como todos los viernes por la noche, sábados y domingos hasta la tarde, de viaje vendiendo «sistemas» a las fábricas de armamentos. Roddie se sentó sobre la cama.

—Ven.

Fue hasta la ventana. La suya era una habitación grande en una casa pequeña con sólo cuatro piezas y un minúsculo cuarto de baño. A un lado había cuatro ventanas (que daban a la casa de la señora Smith) y otras tres en la parte de atrás. Se dirigió hacia una de éstas. En medio del jardín trasero había un niño, recortado con claridad bajo la luz de la luna. El niño era pequeño y delgado, casi endeble, pero sus ojos atrapaban la luz de la luna como los de un gato, y la luna los bañaba de un brillo incoloro. Saludó, haciendo señas a Roddie para que bajara, comunicándole silenciosamente que debían ir juntos a algún lado. La ventana ya estaba abierta de par en par. Roddie desenganchó la tela mosquitera y se dejó caer metro y medio justo encima del fragante lecho de menta cultivado por su madre.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Jim.

La voz del chico era chillona y aguda, ribeteada de un acento que Roddie jamás había escuchado.

Esperaba encontrar a un amigo del barrio, pero a aquel chico no lo conocía para nada. El niño extraño lo cogió de un brazo y le señaló el agujero debajo de la casa. La mano que lo apretaba era fría y húmeda, como si hubiera estado buscando algo a tientas en el agua.

—Nos vamos a ensuciar.

El niño volvió a señalar. Al borde de la sombra de la higuera Roddie divisó una forma que le pareció una tarántula. Había visto muchas tarántulas, arañas grandes y peludas que acechaban debajo de las tablas viejas o entre los leños. Ésta era enorme, lo suficiente para matar un pájaro, y eso sólo podían hacerlo las más grandes. Se irguió sobre cinco patas, corrió hacia él con paso veloz y se introdujo por la pernera del pantalón de su pijama. Él le asestó un golpe cuando llegó a la cintura. A pesar de que era tan dura como su hucha payaso de hierro colado, por un momento pareció aflojar, como si hubiese perdido asidero.

Pero en un momento volvió a subir, pinchándole la suavidad de su pecho desnudo con sus afiladas patas. Él la agarró, palpó el vello tieso y las uñas cortantes y supo que sostenía una mano humana. La lanzó lejos de sí con todas sus fuerzas y la escuchó estrellarse sordamente contra el garaje de los Jacobson. Entre las sombras del alero cayó blandamente a tierra.

—Mal tiempo —murmuró Jim—. A él no le agrada que le desobedezcan. Mejor será cortarlo.

—Yo voy a volver adentro —dijo Roddie.

Volvió a la ventana, y el chico delgado lo siguió, sin intentar detenerlo.

—Mejor será cortarlo —repetía.

Roddie levantó la tela mosquitera y metió la cabeza por debajo, y luego apoyó un pie descalzo en la tabla blanca

de arriba, la última tabla que recubría el muro de la casa.

Había un chico, uno distinto, durmiendo en su cama. Roddie se encaramó por la ventana, corrió hacia el interruptor y encendió la luz.

El otro niño no se despertó, ni siquiera se movió en su sueño. Roddie tuvo la vaga idea de ofrecerle compartir su cama si el otro chico —al igual que Jim, tal vez— necesitaba un lugar para dormir. Sacudió al otro niño por el hombro. Éste abrió los ojos inmediatamente y lanzó un grito.

Roddie escuchó a su madre en el dormitorio principal, y luego el clic del interruptor de la lámpara de su mesa de noche, y el ruido sordo y nervioso de los pasos.

El niño de la cama volvió a gritar, con los ojos totalmente abiertos, su rostro vacío de todo salvo el terror. Un hilo delgado de saliva asomaba de la comisura de los labios y se derramaba sobre su mentón.

La puerta se abrió de un golpe. La madre de Roddie voló hacia la cama, el pelo recogido en rulos de papel, y su rostro, pálido, convertido en un nudo de terror y enfado.

—¡Es un sueño, Roddie! Es sólo una pesadilla, ya lo ves. ¡Ay, esa odiosa escuela! Ya estoy aquí, cariño, no pasa nada, Roddie..., no pasa nada.

Abrazó al niño aterrorizado y pálido, apretándolo contra su pecho, balanceándose de un lado a otro mientras lo sostenía.

Unos dedos helados tocaron los hombros de Roddie.

—Mejor será cortar, te lo digo. Si no, pronto estará en alta mar. Ya te seguirá, pero puedes lograrlo, si quieres.

Desconcertado, Roddie retrocedió y salió de la habitación al pequeño pasillo. Al pasar junto al teléfono, éste sonó. Roddie se sobresaltó, y al escuchar los pasos de su madre siguió a Jim hacia la penumbra de la gran sala que servía de comedor y salón a la vez.

El teléfono volvió a sonar antes de que su madre lo descolgara.

—¿Diga...?

—...

—Sí, buenas noches, señora Smith. No, estamos todos bien. Es Roddie que ha tenido una pesadilla.

—...

—¿Qué dice? ¿En nuestro jardín?

—...

—¿Qué aspecto tenía? ¿Cree que debería llamar a la policía?

Ya habían pasado al lado de la aparatosa radio Crosley.

—Nos estará esperando atrás.

—Yo soy Roddie —dijo Roddie. Le sonó falso incluso a él, tan falso como las mentiras que a veces contaba para no meterse en líos—. ¿Dónde vamos?

—Donde el viejo.

Hacía calor y las calles estaban oscuras y silenciosas. Sólo vieron un coche solitario en el viejo Camino Español, un De Soto negro que pasó a su lado a toda velocidad, encerrado en sus meditaciones secretas.

La casa del viejo era como tantas docenas junto a las que Roddie pasaba cada vez que iba a la piscina, una pequeña cabaña de tablas con el techo hundido.

—Está en casa —dijo Jim—. Abre la puerta.

—¿No deberíamos llamar? —preguntó Roddie.

Jim no contestó. Y cuando Roddie se volvió para mirarlo, había desaparecido, y Roddie estaba solo en el pequeño porche contrahecho junto a una mecedora desvencijada. Con precaución, y sobre todo porque parecía tonto llegar hasta ahí para no hacer nada, golpeó en la puerta descascarillada.

Alguien en el interior soltó una carcajada, una risa quebrada como un cacareo.

—Te oyen, te oyen. Hermana, escúchalos.

Una segunda voz, quejumbrosa, llegó a sus oídos.

Roddie esperó. Y finalmente, cuando nadie abrió la puerta, volvió a golpear. Esta vez sonó un timbre en el interior de la casa, y él pensó desatinadamente que había pulsado un botón en lugar de golpear, a pesar de que sabía que había golpeado. Cogió el pomo de la puerta y éste giró en su mano. Se escuchó un traqueteo y chirrido cuando cedió el seguro. Le extrañó que la puerta, que parecía pesada, se abriera rápidamente hacia un lado.

El interior de la cabaña era una sola habitación; a pesar de eso, era más pequeña que su habitación en casa. En un rincón había un pequeño lecho, y en otro una cómoda con una silla rota.

En el centro de la habitación, en lugar de una alfombra o un tapete, había un charco de sangre que crecía. Provenía de un pollo negro que colgaba, atado por las patas, del cable de la luz. Al pollo le habían cortado el cuello, aunque su cabeza permanecía unida al cuerpo. Sus alas colgaban como si quisieran recoger su propia sangre de las tablas resquebrajadas del suelo.

Ambos estaban tan quietos que pasó un segundo o más antes de que Roddie los viera. Eran dos, un viejo arrugado con una barba blanca como el algodón y una muchacha esbelta que a los ojos inexpertos de Roddie aparentaba unos diecinueve años. El viejo estaba desnudo, excepto por un collar de huesos rotos, y la chica estaba completamente desnuda. Sobre sus cuerpos alguien había estampado unos diseños en rojo y blanco, y en algunos lugares el sudor había descorrido la tinta. El viejo sostenía una tira de cuero partida con tres campanas de latón cosidas en los bordes, y ese detalle, sumado a la barba blanca, hizo que Roddie pensara en Santa Claus.

Roddie avanzó hacia adentro.

—Lo siento, no quería...

Aquella cosa que se le había trepado por el pantalón del pijama en el jardín cayó encima de su hombro. Cuando